

El motín madrileño de 1699

por Teófanés Egido

«Erase el día del martes,
repasen qué nombre tiene,
y en sus efectos escuchen
todo aquello que florece
abril que acabarse quiere.
Pues entre las seis o las siete
de la mañana, se andaban
con dimes y con diretes
los pobretes tras el pan,
y con ellos las mujeres,
azuzando, porque el hambre
es la que los enfurece.
Que Vargas lo averiguase
decía allí mucha gente,
y, porque aquéste no sabe,
los remite al Presidente.
Todos caminaron juntos,
y en su casa lo acometen
con palos y con pedradas
y con razón, que es más fuerte...»

(*Cuento verdadero*, B. N., Madrid, Ms 17.535, fol. 131r)

El romance, imitador de las coplas de ciego, con sus inexactitudes nimias y todo, ofrece los elementos principales del motín que estalló (y que se apagó) en Madrid el 28 de abril de 1699. Es raro el relato de los últimos años de la España de Carlos II que, al menos, no lo recuerde. Algunos, quizá por el pintoresquismo que en determinados momentos revistió, lo han llegado a transmitir como «el motín de los gatos». Otros, como Cánovas del Castillo, lo califican de «primera revolución del pueblo de Madrid, desde que era Corte, contra el gobierno, y la única que desde Enrique IV hubiese presenciado un rey de España». Naturalmente, ni puede contemplarse como una revolución ni fue tan

intrascendente como quieren otros. La reflexión sobre su dinámica, el clima que lo propició, los componentes de la multitud enardecida o curiosa, las víctimas escasas (pero caras) y los más escasos resultados, pueden ayudar a la comprensión de la morfología de un levantamiento «popular» espoleado por el hambre y, al poco de nacer, manipulado por la clase política como instrumento de conquista del poder. Indudablemente este motín, que no responde al modelo puro de los de subsistencias, aunque tenga tantos de sus elementos, que tampoco puede identificarse —al menos en su origen— con un motín político (si es que cabe aplicar este adjetivo al «motín» en su más estricta acepción), debe encuadrarse dentro de la categoría de los motines urbanos de Corte. De lo que no cabe tampoco dudar es de que descubrió el poder de la muchedumbre, que osó, y logró, al menos en parte, imponer sus capitulaciones al monarca (*).

(*) Como no acaba de acometerse de forma sistemática y rigurosa la revisión histórica de la España de Carlos II, no contamos aún con la monografía definitiva del reinado. Por lo que se refiere al contexto que envuelve al motín, hemos tenido en cuenta los datos ofrecidos por los diplomáticos que se mueven y espían en aquel avispero de Madrid de 1699, tales como Stanhope, Harrach, Harcourt, o personajes bien informados como Ariberti o el enterado doctor Geleen, algunos editados o especialmente tenidos en cuenta por Legrelle, Hippeau, Gaedeke, etc. El repertorio más utilizado, y más accesible, ha sido *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España*, edit. por el Príncipe ADALBERTO DE BAVIERA y Gabriel MAURA GAMAZO, en sus 5 vols., aunque el material para nuestro estudio se encuentre de forma exclusiva en el t. 4 (Madrid 1931) y 5 (Madrid 1935), que citamos con la sigla *DI*. Al margen de esta documentación entre oficial, oficiosa y privada, siempre confidencial, hemos recurrido a relaciones del motín —no tan frondosas como las existentes acerca del motín de Esquilache— de otra índole: así a la que se escribió a los cuatro días de los sucesos por un testigo presencial, un fraile, titulada *Copia de Carta escrita en Madrid. Su fecha, 2 de mayo de 1699*, BN, Ms 20.057/35; la versión, tan personal y autojustificadora, de la *Representación del Conde de Oropesa al rey Carlos II en el tumulto que se levantó por la falta de pan, que se supuso contra su persona y casa*, muy divulgada (Hemos usado las copias de la BN, Ms 6.028, 6.669, 9.390, 10.695, 18.106; citamos por el Ms 10.695, fols. 175r-205v), que tiene que ser contrastada con la antagónica *Respuesta dada por un Ministro a la Representación que en 29 de enero de 1700 hizo al rey el conde de Oropesa, Presidente del Consejo de Castilla, quejándose de los oprobios e insultos que padeció en su persona y casa el día del tumulto sucedido en Madrid a 28 de abril de 1699, y por haberle S. M. separado de la citada Presidencia. Representación muy larga y ponderada que consta de 15 pliegos* (BN, Ms 18.106, y que citamos por el Ms. 18.212, fols. 117r-157r). Este último Ms acota: «Esta Respuesta, hecha para demostrar el orgullo del Conde de Oropesa se encomendó al Chronista Don Luis de Salazar y Castro». Es posible que ni la *Representación* se deba personalmente a Oropesa ni la *Respuesta* a Salazar y Castro, pero ambas deben atribuirse a los intereses del uno o del otro, buenos representantes a su vez de los Partidos irreconciliables de los días del motín. Como bibliografía, por lo general anticuada y con desigual información, J. JUDERÍAS, *España en tiempo de Carlos II el hechizado*, Madrid, 1912; A. CANOVAS DEL CASTILLO, *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*, Madrid, 1911; ID. *Introducción a las Memorias militares del Marqués de la Mina*, Madrid, 1898; C. FERNANDEZ DURO, «El último Almirante de Castilla, don Juan Tomás Enríquez de Cabrera», en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, XII (1910) 200-418; DUQUE DE MAURA, *Vida y reinado de Carlos II*, t. III, *La sucesión*, Madrid, 1942; L. PFANDL, *Carlos II*, trad. esp., Madrid, 1947.

1. La crisis de subsistencia

Los efectos de una de tantas —no la más aguda de la centuria— crisis de subsistencia se dejaron sentir en gran parte de España en los meses de soldadura de 1699 a consecuencia de la desastrosa cosecha del año anterior (1). Las series, válidas a falta de otras, que ofrece Hamilton para los precios de dos de los productos por los que gritaron las gargantas de los madrileños amotinados (el trigo y el aceite), resultan explícitas, dentro de su elaboración elemental y discutible. Para Castilla la Nueva, espacio que nos interesa, la ruptura del ritmo en los precios del aceite se ha producido ya de forma llamativa en el año cosecha 1696-1697, para alcanzar sus máximos en el siguiente. Mucho más expresiva es la trayectoria del precio del trigo: en el año 1699 se acumulan las subidas de más del 100% registradas en el antecedente, con lo que serán dos años cosecha seguidos y deficitarios los que afecten a las capacidades y a los estómagos, nunca demasiado repletos, de la mayoría de los madrileños. El descenso sustancial de 1700, descenso mantenido en los primeros tiempos del siglo siguiente, puede explicarse por las tasas de agosto y, más directamente, por la buena cosecha de 1699-1700 o por ambos factores a la vez. Fue un hecho que constatan tanto las fuentes diplomáticas como las series referidas. Lo que importa, en cualquier caso, y en conclusión muy provisional, es que el motín estalló en plena carrera ascendente de precios, aunque éstos —y no debe descuidarse la falta de conexión— llegasen a su cenit culminante y agobiante en los meses inmediatos al levantamiento de los madrileños.

PRECIOS DEL TRIGO Y DEL ACEITE EN CASTILLA LA NUEVA, SEGUN HAMILTON

AÑOS	PRECIO DEL TRIGO (Marav.-fanega)	PRECIO DEL ACEITE (Marav.-arroba)
1695	433	862
1696	442	611
1697	425	901
1698	977	855
1699	986	1.095
1700	634	1.048

(1) E. J. HAMILTON, *War and Prices in Spain, 1651-1800*, Cambridge Mass., 1947, p. 131.

Las cifras del historiador de los precios no dejan ni entrever el subfondo y la tragedia de la carestía consiguiente a la mala cosecha, la disminución de capacidades adquisitivas y la baja automática en la calidad de los productos de primera necesidad, de las acaparaciones subsiguientes a las dificultades de abastecimiento, más notables en la Villa superpoblada de miserables, de la depredación de contornos cercanos, del hambre, en definitiva, y de la inquietud dramática que tenía que caldear el ambiente de aquel abril madrileño.

Todos los elementos compañeros de las clásicas crisis de subsistencia se conjuran a partir de los dos últimos días de abril. El pan —y es difícil expresar lo que el pan significaba en aquella economía y en aquellas mesas—, no sólo es caro y malo; es que casi ni se encuentra. Hasta los mejor dotados sufren las consecuencias de las carestías. El representante inglés Stanhope se tenía que proveer diariamente en el mercado de Vallecas, a dos leguas de la Villa, y si llegaba a su casa era gracias a la fuerte escolta protectora de los portadores (2). Otro tanto sucedía con el doctor Geleen, a quien le llegaba por vía privada de una aldea a diez horas de camino (3). A mediados de mayo —y no reestalló ningún motín entonces— mañana hubo en que ni las damas de palacio tuvieron pan (4), y el embajador francés, que transmite la noticia, describe también las precauciones que hay que adoptar para hacer posible la ordenada distribución a través de las rejas de la Panadería, a la que los panaderos tienen que acudir «custodiados por alguaciles para que no los saqueen» (5).

Naturalmente, los más afectados fueron los madrileños, estantes o volantes, que no contaban con criados que se desplazasen a la búsqueda del pan ni con escolta que protegiese el trayecto permitido o clandestino, es decir, la inmensa mayoría del pueblo, víctima predilecta de la carestía y del desabastecimiento: «El pan no es suficiente ni para la mitad de la población» (6). Casi mes y medio después de la explosión violenta seguía la pertinaz carestía con sus inevitables efectos acumuladores de hambre: «El comercio está muerto. Hay 40.000 artesanos parados. Los mendigos se mueren de hambre y se cometen todos los días crímenes por las calles para tener pan. El que se encuentra vale un dineral» (7). Y es esta masa la absolutamente incapacitada para disponer del «dineral» imprescindible para alcanzar los doce

(2) ID., *Ibid.*; L. PFANDL, o.c., p. 359.

(3) *DI IV*, 378-379.

(4) *DI IV*, 343.

(5) *Ibid.*

(6) *DI IV*, 357-358.

(7) *DI IV*, 378-379.

cuartos (seis era el precio normal, u ocho) por los que el pan se vendía en el mercado madrileño a fines de abril, mucho menos para llegar a los 15 por que andaba ya en mayo, y todos los síntomas reafirman la convicción de que los precios llegaron a su mayor desconcierto en perjuicio del consumidor a medida que avanzaba el verano (8).

Mas en las crisis de subsistencias de tipo antiguo no eran las subidas, tan temidas como reales y acostumbradas, los enemigos más atemorizantes, sino el movimiento incontrolado de ponedores y acaparadores que bullían al amparo de las circunstancias. Por eso, cuando julio deja atisbar la solución de la carestía anterior y la promesa de coyuntura más favorable a causa de la cosecha lograda, los precios mantienen sus niveles destemplados. «Ya hay algo más de pan, sin embargo sigue costando muy caro; la carestía ha desaparecido, aunque el pan sigue costando muy caro», reiteran las notas de los observadores (9).

La conjunción carestía-precios disparados-especulación del hambre, bastaría para que las protestas populares tomaran cuerpo. El propio Consejo de Castilla, cuando las cosas se iban enderezando algo, y en un intento malamente disimulado de justificar las asonadas anteriores, explicita la dinámica de los motines de subsistencia, al insistir en los riesgos de que «suban con temeridad los precios de los granos», inasequibles incluso para los caudales de los acomodados, espoleo para que «los pobres, si no se dejasen perecer, tumultúen todos los pueblos, se llenen los caminos de ladrones y no estén seguras las casas, ni aun las iglesias, porque el derecho natural de conservar la vida hará inexcusables y, por esto mismo, excusables, los mayores excesos» (10).

Y esto (aunque no sólo esto ni por esto) fue lo que aconteció en Madrid el 28 de abril de 1699.

2. El amotinamiento del hambre

Aquella mañana, martes, a eso de las siete, el Corregidor don Francisco de Vargas acudió a la Plaza Mayor en visita de inspección. Una mujer le increpó: en su casa la esperaban el marido parado, seis hijos hambrientos, imposibles de saciar con el pan, caro y negro, que

(8) *Copia de Carta*, 1r; *Relación* en DI IV, 333.

(9) *DI* IV, 380; V, 8.

(10) *Consulta del Consejo*, 30 julio 1699, Archivo de Campomanes, Ms 57-8, 2v.

acababa de comprar a doce cuartos. No importa que el Corregidor le contestase con acritud que «diese gracias a Dios de que no les costaba dos (reales) de plata» (11) o, en tono burlón: «haced castrar a vuestro marido para que no os haga tantos hijos» (12); ni la mujer ni el ambiente de la plaza estaban para bromas, para dar gracias a Dios ni para el remedio drástico de limitación de nacimientos. Un sacerdote, cómo no, que andaba por allí, reprendió a la autoridad lo inoportuno de su respuesta; otros insultaron al Corregidor insolente. La orden inmediata de arresto contra alguien que se distinguió en los insultos suscitó la reacción espontánea, una de las escasas reacciones espontáneas a lo largo de la confrontación, de los «populares»: «levantaron las manos con piedras y tronchazos, dándole al Corregidor tantos, que le arrojaron la cabellera y dieron en un ojo; y hubo de retirarse a una tienda donde le abrigaron. Al Alguacil Mayor lo ajaron y quitaron la vara» (13).

Este fue el detonante del motín. Inmediatamente comenzaron a oírse «slogans» concitadores. Las relaciones multiformes dan a entender que los gritos colectivos del primer momento en la Plaza Mayor se redujeron a «apellidar pan». Y a la consigna de «pan, pan, queremos pan» (14) se fue aglomerando la multitud que enfiló hacia la plazuela del Palacio Real. Iban ya «tantos en número que la llenaron, dejando movida en la mayor novedad a toda la Plaza Mayor y calle de Guadalajara» (15). La intención primaria se centró en lograr del monarca el remedio. Ante Palacio, incontenibles, forcejean por conseguir la presencia física, taumatúrgica, de Carlos II para asegurarse la promesa de la baja de los precios. Entré vivas al rey logran penetrar en alguna de las estancias tras haber superado la barrera de la guardia de arqueros. No pudieron ver al rey, pero apareció el conde de Benavente. Y éste fue el momento preciso en que el motín, espontáneo en su estallido, quizá en la primera marcha del hambre, se transmuta en movimiento manipulado.

En uno de tantos gestos paternalistas como se registraron, «salió del cuarto del rey su Sumiller el conde de Benavente, y tratándolos como hijos, les dijo que acudiesen al Presidente de Castilla, que él les haría justicia» (16). El Consejo de Castilla, es bien sabido, entre sus

(11) *Copia de Carta*, 1.

(12) *DI IV*, 332.

(13) Según la *Copia de Carta*, 2. La relación de *DI IV*, 332 dice que tuvo que acogerse a un convento. Es igual.

(14) *DI IV*, 337; *Copia de Carta*, 2.

(15) *Copia de Carta*, 2.

(16) *Copia de Carta*, 2. V. BACALLAR Y SANNA, Marqués de San Felipe, *Comentarios de la Guerra de España e Historia de su rey Felipe V, el Animoso*, (Edic. C. Seco Serrano), BAE 99, Madrid 1957, p. 8.

incontables competencias tenía la del abastecimiento de la Villa, y su Presidente se había acogido a este cargo para ejercer, en la práctica, las funciones de primer ministro desde que en marzo de 1698 retornase al poder. Dirigirse a/contra él equivalía a dirigirse contra el gobierno. Y, en efecto, el motín se desdobló en: el del hambre, que sigue por Palacio alternando sus gritos de lealtad monárquica con los que piden pan; y el mayoritario, y más bullicioso, más violento también, que ha secundado la sibilina insinuación de Benavente y que marcha a la Plazuela de Santo Domingo, donde está ubicada la posada presidencial. Sus gritos tienen tonos más políticos: junto al inevitable «viva el rey» se vocifera el también inevitable «muera el mal gobierno», y, seguramente, aunque Bacallar lo sitúe en el momento del estallido, es a partir de ahora y allí donde comienza a pedirse la muerte de Oropesa y a divulgarse su responsabilidad en el encarecimiento del aceite a causa de las acaparaciones realizadas por él y su mujer, primero de tantos rumores como corrieron en aquellos días —en aquellos meses— de auténtica «guerra de chismes», e índice de que ya se ha producido otro de los integrantes de la antropomorfización de las causas de la crisis, de los males de la monarquía, en el gobierno. El grito que aglutina la marcha de la multitud del sector mayoritario es también el «muera, muera el perro que nos ha traído esta miseria» (17). Y su casa, su saqueo e incendio, el objetivo primario de la acción directa, puesto que en estos movimientos «preindustriales», como afirma Rudé, «en las ciudades se destrazan casas y [cuando la tiene, que Oropesa no la tenía] se quema en efígie al culpado del momento» (18).

De lo que allí sucedió existen incontables relaciones, coincidentes en lo sustancial. Una de excepción puede ser la de la víctima de las asonadas, si se la depura del miedo y de la comprensible autojustificación:

«Tomaron alas para pasar a mi posada, añadiendo a las voces del pan las piedras y las injurias, reproduciendo en ellas todas aquellas voces que antecederamente se habían ido esparciendo tan sin fundamento, como se prueba de todo lo antecederamente expresado, y con tanta malicia cuanto era la falta del mismo fundamento. El acometimiento a mi posada fue tan furioso, que, rotas las vidrieras y abiertas las ventanas, forzaron una reja del cuarto bajo, mostrando bien la vileza de los agresores en atender desde luego el corto interés de las cortinas que pudieron llevarse en pedazos. Y como desde fuera no tuvieron freno ni reparo alguno, hubieran sin duda entrado a ejecutar en mi persona, la de mi mujer y mis hijos y familia toda la atrocidad e indecencia consecuente a sus voces y acciones y a la embriaguez con que gente de aquella esfera prosigue el

(17) *DI* IV, 332, 337; V. BACALLAR Y SANNA, o.c., p. 8; *Copia de Carta*, 3; *Representación del conde de Oropesa*, fol. 192v.

(18) G. RUDE, *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, trad. esp., Barcelona, 1978, p. 18.

mayor desorden una vez empezado y persuadidos que no tiene resistencia, si la poca gente que se halló dentro de mi casa no hubiera resistido la entrada, disparando primero con pólvora, de que tomaron mayor aliento, después con perdigones, y últimamente con munición gruesa de que, con harto dolor mío, fue preciso saliesen algunos heridos y tres o cuatro muertos.» (19).

La crónica más detallada y fresca, escrita cuatro días después del motín por un clérigo que no cejó de moverse por los escenarios del tumulto entre la curiosidad y una extraña preocupación pastoral, insiste en las reacciones que provocaron estos disparos desde la improvisada fortaleza. La pólvora y la sangre enardecieron a la multitud, «enfureciéndola más y levantaron el grito, que parecía un día de juicio». Es también cuando la aglomeración crece, «pues ya no cabían de pies en la Plazuela de Santo Domingo, desde la Priora hasta arriba, desde los Angeles hasta las esquinas de junto a casa y toda la calle» (20), y cuando se registraron los asaltos más violentos a la mansión. Este crescendo en Santo Domingo y alrededores se mantuvo toda la mañana de aquel martes.

Mientras tanto, en el otro frente del Palacio Real libraban su batalla los restos sordos a las insinuaciones del Sumiller. Sus contingentes debieron ser como la mitad de los anteriores y su acción menos nerviosa, al menos durante el tiempo en que no hubo conexión directa con el grupo de Santo Domingo. Se grita por la baratura del pan, pero también se pide —se exige— el nombramiento de don Francisco Ronquillo como Corregidor de Madrid y que ambas concesiones sean sancionadas por la presencia física del rey. El elemento nuevo abre ya perspectivas políticas al movimiento «popular», si no se olvida que el aclamado Corregidor es uno de los más activos y resentidos representantes del grupo de la oposición a Oropesa.

La plaza de Palacio se reanimó cuando aparecieron elementos del otro motín portando a hombros la fúnebre carga de los caídos en el asalto a la posada del Presidente de Castilla y con la pretensión de llegar hasta los aposentos reales para pedir justicia (21). De poco sirvieran los amistosos esfuerzos de los aristócratas palaciegos si no hubiera aparecido el nuevo Corregidor ya en funciones, a caballo, crucifijo en ristre y triunfante desde que salió de las caballerizas reales, a su paso por la Plaza Mayor, «donde fue un día de juicio los victores de todos y las bendiciones de las vendedoras», hasta el escenario encolerizado y más peligroso de la Plazuela de Santo Domingo. Allí —anota escandalizado el clérigo relator que se hallaba presente,

(19) *Representación del conde de Oropesa*, 1913-v.

(20) *Copia de Carta*, 3-4.

(21) *DI IV*, 337.

«aunque de longe»— la multitud hasta desvió su atención del Santísimo llevado de San Martín «por atender a Ronquillo» (22). Sus demagógicas promesas —baja del pan a seis cuartos (la mitad del precio en plaza)— surtieron escaso efecto; su sugerencia de pedir perdón al rey, en cambio, movilizó algunos contingentes que se dirigieron a Palacio para recabar la confirmación de lo prometido y, de paso, suplicar indulgencia para su acción.

No bastó que la reina se asomase al balcón asegurando la audiencia real de las peticiones ni que indicase que Carlos se hallaba descansando de sus dolencias, como no podía ser menos. El rey tuvo que comparecer para entablar el diálogo lejano con la masa. Nuevos vivas, sombreros y monteras al aire dieron color de fiesta a las reivindicaciones primeras (baratura del pan, Ronquillo por Corregidor), que el monarca promete atender y que se van silenciando para concentrarse en la súplica uniforme de «perdón, perdón». No hay duda de que es el momento culminante y más emocional de la jornada esta confrontación popular, en la que la multitud espera todo de su monarca, al que suplica perdón, no por la acción en sí, moralmente justa para la multitud, sino por el modo de manifestarla. Carlos II «con la extrema bondad que le caracteriza —comenta un diplomático— contestó: Sí, os perdono; perdonadme vosotros también a mí, porque no sabía vuestra necesidad, y daré las órdenes necesarias para remediarla». Fue un diálogo muy interesante, en el que las palabras reiteradas fueron confirmadas con gestos toreros: «El rey les quitó el sombrero e hizo señal [de asentimiento] con la cabeza y les sacó el pañuelo». Como el pueblo insistiese en su actitud penitencial con el «perdón, perdón», «juzgó el rey no le habían entendido la primera vez, les echó la bendición y volvió a quitarles el sombrero, y se apartó de la ventana» (23).

Puede detectarse cierta sensación de euforia, alentada por la simpatía del supremo señor del poder y el pueblo amotinado, que se dirige —¿seguro del perdón reiterado, impenitente?— a engrosar la multitud encrespada contra la casa de Oropesa, a punto de ser franqueada, difícilmente contenida por Ronquillo, que logra distraer a los amotinados y, tras arduas negociaciones, que el conde se decida a abandonar la posada con su familia y los disfraces al caso para acogerse al refugio seguro y cercano de la casa del Inquisidor. El episodio es decisivo: equivale al reconocimiento práctico del fracaso de Oropesa y a la inevitable dimisión forzada. No en vano en su Representación

(22) *Copia de Carta*, 6.

(23) *DI* IV, 333, 337-338; *Copia de Carta*, 5.

justificatoria insistirá en esta jubilación obligada con especial énfasis y como acusación de los intereses políticos que mueven a Ronquillo y al grupo que representa (24).

La salida clandestina del acosado Presidente facilitó la entrada de religiosos defensores desapercibida para quienes, ebrios de coraje, centraban su esfuerzo en forzar las rejas, entre aplausos de la concurrencia cuando aguerridos luchadores quebraron las del piso bajo, en el que, sin embargo, no pudieron penetrar. La autoridad comenzó a imponerse cuando la casa, ya anochecido, se cubrió con una compañía de guardias tudescos. Guardias y criados, aquéllos con armas de fuego, éstos con las arrojadizas del tejado, lograron limpiar las cercanías de los últimos asaltantes. La ronda de más de doscientos hombres armados, a eso de las diez y media, restituyó la tranquilidad, asegurada al amanecer del día siguiente por los «reformados» (oficiales disponibles) que tomaron casa, plazuela y calles adyacentes.

3. El número y los componentes de la multitud amotinada

No disponemos de datos demasiado concretos para determinar el número de participantes activos lanzados a la calle aquel día. Los observadores, cronistas del suceso, embajadores o enlaces internacionales de aquella Corte que se había convertido en un nido de intrigantes y espías, transmiten la impresión de una multitud desbordada y vociferante que llenó la Plaza Mayor, que se dirigió a Palacio, que se desdobló con la de Santo Domingo en dos frentes relacionados durante buena parte de la jornada a través de emisarios, de idas y venidas, hasta que, tras la aquiescencia regia, se concentró entera ante la casa de Oropesa. Bacallar, entre otros, habla del hinchamiento progresivo que provocara el altercado entre la compradora y el Corregidor a primeras horas de la mañana: «trajo la curiosidad o el rumor más gente, y en desconcertadas voces creció la multitud y la insolencia hasta formarse un tumulto alentado del crecido número y del ejemplo» (25).

Trascendiendo de la simple y elástica impresión, el doctor Geleen cifra la participación de este momento en «unas 10.000 personas» (26). Este debió ser el grueso que se mantuvo hasta el anochecer bregando por penetrar y saquear la mansión, animando, aplaudiendo o, simplemente, contemplando el proceso del espectáculo. El otro frente, una vez que se disgregaron los contingentes, agolpado para recabar del

(24) *Representación del Conde de Oropesa*, 193r-194v.

(25) V. BACALLAR Y SANNA, o.c., p. 7-8.

(26) *DI* IV, 332.

rey las capitulaciones y el perdón, también fue nutrido. El embajador Harrach, al dirigirse a Palacio, no pudo atravesar la plaza «a causa de la gran multitud que se agolpaba ante el Alcázar», «gran multitud», que Ariberti contabiliza en «tres o cuatro mil personas», engrosada o disminuida a tenor de los aflujos llegados del otro núcleo o de las fugas hacia el lugar más clamoroso de Santo Domingo. En el momento de mayor aglomeración, es decir, cuando Ronquillo despejó la plaza con el inicio de su marcha triunfal a caballo, el relator anónimo habla de «más de diez mil hombres» entusiasmados ante el salvador de la situación (27). Después de las concesiones regias, de los saludos a pañuelazo limpio, de los perdones y de las bendiciones reales, la multitud se concentró en Santo Domingo; la tarde debió contemplar masas de 15.000 a 20.000 individuos del más variado talante.

Llegada la noche ilune —esto de noche sin luna es del cronista— y, más quizá por esto, llegadas las fuerzas del orden con menos contemplaciones que el demagogo Corregidor en funciones, la concentración comenzó a desinflarse de forma que, a eso de las diez, no quedaban más de 500 personas en el lugar de la ruidosa cita, grupo que se disolvió definitivamente cuando percibió que la «fortaleza» estaba tomada por gente armada (28).

Son éstas cifras que hay que tomar con todas las reservas al caso, dado el carácter impresionista de los datos y el sentido tan distinto que tenía el número para aquellos observadores de 1699 al que supone para nosotros. Lo que realmente interesa es percibir la sensación que tuvieron los madrileños de una jornada en la que la Corte estuvo prácticamente a disposición del «pueblo» amotinado en acción des-acostumbrada que embargó de pánico a los espectadores, amedrentados ante el hecho y temerosos de que en cualquier circunstancia pudiera reproducirse el asalto «popular» alentado por este antecedente. No faltaron, lo veremos, sugerencias en este sentido.

La inconcreción del número se compensa con el relativo conocimiento de la calidad y condición social de los participantes, más definitivo, creemos, para la observación e interpretación históricas. Es una lástima que sólo contemos con relaciones cualificadas, salidas de individuos pertenecientes a sectores sociales alejados del pueblo en ideología e intereses, y que no se disponga de versiones populares, imposibles porque la lenitud de la represión no forzó declaraciones de los «reos» y por la carencia de registro de la voz escrita de los amotinados, analfabetos que sólo pudieron gritar. Ello explica el

(27) *DI IV*, 335, 337; *Copia de Carta*, 6.

(28) *Copia de Carta*, 9.

rechazo explícito o implícito que entona cuanto se escribió sobre el motín así como la insistencia en el carácter vil de los amotinados. Para el marqués de San Felipe, la «verdulera» que se encrespó con el Corregidor fue secundada por «la plebe y lo más ínfimo de ella» (29). Los narradores están, por tanto, incapacitados para valorar los modos de actuar de la multitud, aunque se muestren comprensivos con algunas de sus reivindicaciones.

Hay que destacar, de todos modos, que la iniciadora del motín fue una mujer, a tenor de los módulos de las conmociones del Antiguo Régimen y de la participación del elemento femenino en las asonadas (30). El clérigo —hay que suponer que fraile— que anduvo mezclado entre la multitud, aunque fuese para predicar, en vano, «que se fuesen», califica a todos los amotinados mañaneros de «esportilleros, muchachos, pobres, vagamundos y mujeres ruines», a los que añade la presencia inevitable de los «mirones» (31), que aumentaron la muchedumbre, hinchada más por «la gente que concurrió a tan rara novedad que por los que cooperaron a ella», según Oropesa, aquejado de tercianas aquel día de su desgracia y que no se priva de insistir en que los contingentes activos en el «movimiento nunca visto» estaban integrados «por la ínfima y ciega plebe», por parte tan inferior del pueblo», tan baja «que, siendo tan común las espadas en Madrid, ninguno de los del tumulto las llevaba, fiando a las propias armas de su venganza, que son las piedras y los puños, la ejecución de sus intentos» (32).

El conde, cuando tenga que probar su teoría conspiratoria, se desdirá en parte de esta generalización. Mas no es extraño que los activistas estuviesen adscritos al mundo de la marginación y de la indigencia. Los sistemas de aprovisionamiento de la Corte, los cuidados derramados para que los efectos de las carestías no se sintiesen en su acritud ni se trocasen en fermento político, las importaciones de granos a costa de las dos Castillas circundantes, actuaban como imán irresistible de pobres, vagos, maleantes, campesinos vapuleados por la depauperación irremediable, de cuantos sectores sufrían el aguijón del hambre, elementos todos espoledados por la esperanza de hallar en la ciudad, más aún en la Corte, el socorro de la sopa boba, de la atención limosnera, de las seguridades de la asistencia social urbana organizada

(29) V. BACALLAR Y SANNA, o.c., p. 7.

(30) «Las iniciadoras de los motines eran, con frecuencia, las mujeres», universaliza —y prueba— E. P. Thompson en su conocido trabajo «La economía moral de la multitud», en *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*, trad. esp., Barcelona, 1979, p. 109.

(31) *Copia de Carta*, 4.

(32) *Representación del conde de Oropesa*, 187r, 190v, 192r-v, 199v, 201r.

por las cofradías o de los repartos benefactores peculiares del Antiguo Régimen. La población flotante se incrementaba, de hecho, en los meses críticos de soldadura. Es una lástima que las fuentes no permitan precisiones mayores acerca de la composición mayoritaria del «populacho» y confrontarlas con la tipología que Rudé intenta fijar para París y Londres del siglo XVIII.

Lo cierto es que los contingentes populares que se aglomeran al grito de «pan» y de «muera el mal gobierno», además de contar con una organización rudimentaria, carecieron de líderes cualificados que dieran conexión a un movimiento decapitado en su origen y en su desarrollo y, por lo mismo y en su fase clamorosa, tan efímero como éste. Lo ideal, para que el modelo resultara completito y «homologable» por clásicas y acabadas teorías interpretativas, habría sido que sectores —elementos— burgueses hubieran encauzado y dirigido las quejas además de contra el gobierno (el gobierno de unos para abrir el camino al de otros gemelos, se entiende), contra la aristocracia dominante y señorial. Pero como estamos en la Corte, no hubo nada de esto. Al menos nada de esto se revela en la documentación. Todo lo contrario: la «burguesía» gremial permaneció al margen, y, aún suponiendo, como echaría en cara a Oropesa la *Respuesta* a su *Representación*, el odio inveterado de los gremios hacia el conde, parece tener razón éste al acentuar el significado y el hecho de su ausencia en la conmoción, a pesar de insinuaciones superiores y de que «algunos particulares de ellos incurriesen en el común pecado de la murmuración inevitable en todo gobierno» (33). A esta falta de identificación de la clase burguesa se atribuye el fracaso de un movimiento, en el que «no había sino plebe, ninguna persona de calidad y ni siquiera se sumaron a los grupos los tenderos» (34).

Tampoco el clero, inevitable en los movimientos de protesta del Antiguo Régimen (35), desempeñó un papel decisivo al lado de los amotinados en éste de 1699, a pesar de que la confrontación de un cura con el Corregidor Vargas fuese decisiva como desencadenamiento de la asonada iniciada en el mercado, de que otros —al menos dos— sacerdotes se las viesan y deseasen para administrar los últimos sacramentos a alguno de los caídos, de que entre las víctimas de la revuelta se hallase el cadáver de un clérigo (36). Mejor sería decir que el elemento clerical en cuanto colectivo bregó a lo largo de toda la jornada

(33) *Ibid.*, 197r; *Respuesta dada por un ministro*, 148v-149r.

(34) *DI* IV, 338.

(35) A. DOMÍNGUEZ ORTÍZ, «Aspectos sociales de la vida eclesiástica en los siglos XVII y XVIII», en *Historia de la Iglesia en España*, IV, Madrid, 1979, p. 15.

(36) *Respuesta dada por un ministro*, 147r, 148v.

como agente peculiar de defensa de lo que él creía orden y por frenar a los amotinados en los momentos de mayor violencia. Si no actuó en favor de la insubordinación, estuvo presente, y muy presente.

En efecto, su empeño por librar las personas y la casa de Oropesa de la furia, del saqueo y del incendio confirió a la asonada de Santo Domingo un carácter semisacro tan normal como inútil, pinturero y, a veces, rayano en lo grotesco. Es la impresión que produce su interés por conjurar la insurrección a fuerza de recursos sobrenaturales. La ceremonia encadenada debió inaugurarse a eso de las diez de la mañana, en circunstancias de gritería y acoso especiales. A algunos mirones se les ocurrió la idea de hacer presente en la plaza al Santísimo de la iglesia frontal de Santo Domingo para calmar la agitación. Ni cortos ni perezosos, algunos clérigos «pasearon Su Divina Majestad por la Plazuela». La procesión improvisada tuvo su tiempo de solemnidad cuando el cardenal Córdoba —futuro e inmediato Inquisidor General—, que «casualmente» andaba por allí, se encontró con el privilegiado participante, le adoró y le hizo colocar en exposición a la esquina de la casa de Oropesa como valladar (enojado?, complaciente?) contra los ataques y los gritos del pueblo —«del pueblo insolente», anota la relación directa—, que no por ello cejó de seguir voceando ni en su faena de arrancar rejas y de apedrear la mansión, en operaciones que posiblemente creyese bendecidas por el testigo excepcional. Cuando las cosas se pusieron peor, el cardenal, para evitar el ataque a la entrada, «arrimó Nuestro Señor a la puerta principal». Allí permaneció largo rato hasta que le retiraron a Santo Domingo, pues por la esquina de los Angeles asomó el Santísimo de San Martín, que tomó el relevo, y no era cuestión de concurrencia de jurisdicciones entre el de la parroquial y el de una iglesia conventual, que hubo de reservarse. El nuevo Santísimo logró distraer la atención del concurso durante algún tiempo, al menos hasta que apareció Ronquillo, triunfante, y captó al respetable. Pero es que también el ídolo popular llegó cabalgando crucifijo en ristre. Es posible que el Santísimo de San Martín permaneciese prácticamente todo el día arrimado a la puerta principal como espectador impasible y dique de contención del asalto, que, quizá por ello, se dirigió siempre a la conquista de puertas traseras y ventanas. El carácter festivo de los motines no siempre revistió los aires de seriedad que le otorga Bercé.

En vista de que no decaía el entusiasmo popular en sus propósitos de franqueo, la clerecía regular en pleno animó el cotarro, acudiendo, en son de paz, al escenario después del mediodía: allí se presenciaron las comunidades de carmelitas calzados, la de los descalzos, los merceda-

rios, trinitarios, capuchinos, los de San Gil (gilitos), los franciscanos, todos armados de su crucifijo enhiesto, y allí aparacieron también los dominicos cercanos del Rosario con la imagen de su Virgen en plan procesional. No hubo ni una irreverencia (37) y sí una permanente demostración de respeto por parte de los asaltantes, «tan devotos al pasar» ante las sacras efigies y el Santísimo como fervorosos y valientes en su denuedo («en su mal propósito», vuelve a acotar el fraile relator) por conquistar la difícil fortaleza. Cuando a las cinco de la tarde lograron arrancar la reja de un cuarto bajo y se preparaban para la acometida incendiaria, los religiosos se empeñaron en evitar la quema, y, en maniobra apresurada, arrimaron la imagen de Nuestra Señora del Rosario a la ventana franqueada, mientras los otros frailes, aprovechando el entusiasmo despertado en la concurrencia por la gesta de la victoria de los esforzados contra las rejas, penetraron en la casa del conde —que ya había escapado—, ocuparon los altos y bajos, y se asomaron a los balcones para que el pueblo enfriara su pasión. Algo les respetó la multitud, «aunque muy poco». Hasta que llegada la noche, y «visto que la casa de Oropesa no se podía salvar sólo con procesiones, se volvieron los frailes a sus conventos». Y la noche, la guardia tudesca, los reformados, las rondas armadas, quizá la intervención de los satisfechos por la caída ya asegurada de Oropesa, alcanzaron lo que las fuerzas sobrenaturales no pudieron, o no quisieron (porque a lo mejor resulta que estaban de parte de los amotinados, es seguro que así lo creyeran éstos) realizar. Y la multitud se disolvió (38).

Oropesa estaba convencido de la actuación de personas calificadas, mezcladas entre los amotinados, mal vestidas, «pero que eran ya de esfera de traer espada», aunque tuviesen que disimular su condición para ocultar complicidades. Serían los que «movieron al pueblo», portadores del rumor, del chisme. Incluso ataca a Ronquillo por su negligencia en apaciguar el fervor motinesco contra su persona, en evidente alusión a instigadores superiores (39), empeñados en que abandonase su cargo de Presidente de Castilla y la implícita condición de «primer ministro». No era preciso el esfuerzo dialéctico del conde para probar la evidente realidad de que la preparación del clima que disparó el motín, el aprovechamiento de éste, la explotación posterior

(37) Oropesa habla de la «gravísima irreverencia a la Divina Majestad y a las imágenes» (192r), identificando sin duda alguna asalto a su casa con irreligiosidad que no se percibe en ningún momento ni en ninguna otra relación de los acontecimientos.

(38) Todas las relaciones se detienen en narrar el conjuro de lo sobrenatural por los medios anotados, si bien quien lo escribe con todo detalle, fruición y —a veces— escándalo es el fraile autor de la Carta citada presente en el fragor del motín.

(39) *Representación de Oropesa*, 192r-v, 194v.

del pánico, estuvo manipulado por las élites de poder rivales que lo que intentaban era un cambio de gobierno al amparo del descontento popular. Lo que, por el momento, nos interesa aclarar es que la composición de la multitud en estos motines urbanos, y más aún en la Corte, no sólo estaba integrada por los «populares» comprometidos en la solución de su ahogo económico, no siempre se comportó con la adusta seriedad llena de odio a que nos tienen acostumbrados los historiadores de las tensiones sociales, sino que junto a ellos, no sabemos en qué proporciones, andaban muchos «mirones», curiosos; que la airada protesta en momentos determinados derivaba hacia un contexto festivo; y que, seguramente desde la lejanía, clases muy ajenas a los amotinados se aprovecharían del fervor popular.

4. Las víctimas del motín

La represión no fue dura. Prácticamente ni existió, pues los individuos que se detuvieron al anochecer, algunos cabezas del motín que se llevaron a la cárcel (40), fueron muy contados. Es más, pasados los primeros días de desconcierto, la dureza escamoteada con los responsables, o juzgados responsables, se aplica a los destacados —pocos en realidad— en la defensa de Oropesa. Así lo interpretará el conde desde su exilio forzado, al quejarse del trato de disfavor que el gobierno otorga a alguno de los militares «que asistieron a la defensa de mi decoro y vida y ayuda de las de mi mujer y mis hijos» (41).

Las víctimas se produjeron en el ardor del motín y por las defensas de la casa de Oropesa. Así, en la reacción mañanera, y tras ensayar desde el interior la resistencia gradual con pólvora primero, luego con perdigones y, finalmente, con munición gruesa, resultaron varios heridos y «tres o cuatro muertos» (42) (entre ellos el clérigo aludido). Se habló de que diecisiete amotinados, que osaron penetrar dentro a través de una ventana, habían perecido en el interior (43). No debió pasar de un rumor alarmante, pues meses después, cuando

(40) *DI IV*, 333.

(41) *Carta del conde de Oropesa a Don Antonio de Ubilla, Secretario del Despacho Universal, en 21 de agosto de 1699*, BN, Mss. 11.262/31. Se refiere a los agravios hechos al Teniente General Miguel de Otaza, que llevó la defensa militar de la casa de Oropesa: «De adentro se resistían/ y lograron detenerles,/ porque Otaza es hombre honrado/ y supo bien defenderles» (*Cuento verdadero*, BN, Mss. 17.535, 131r.).

(42) *Representación de Oropesa*, 191v-192r; *Respuesta dada por un ministro*, 146v; *Copia de Carta*, 7 (habla de tres muertos y dos heridos); *DI IV*, 337: «fuera no cayeron sino cinco o seis personas»; «de cadáveres» en general habla la otra relación, *DI IV*, 337.

(43) *Copia de Carta*, 7, 9.

Salazar? se empeña en cargar sobre Oropesa el peso de las muertes —cuantas más mejor—, no hace ni alusión al lance de la ocultación de cadáveres. Tampoco se puede precisar el montante, ni siquiera la realidad, de las muertes provocadas por la defensa última —como una traca final—, llevada por militares y criados con armas y tejas, dada la variedad de versiones sobre el lance (44).

No fueron, por tanto, numerosas las víctimas del motín y fueron prácticamente inexistentes las de la tenue represión. Pero puede afirmarse que los tres o cuatro muertos del pueblo amotinado supusieron un precio excesivo y trágico en relación con la cortedad de los resultados, menos beneficiosos para el común que para las élites anhelosas de poder.

5. Logros y repercusiones del motín.

El motín propiamente tal no acabó de formular programas concretos. La única petición colectiva que se formuló en la fase de espontaneidad fue la del pan no tan caro ni de tan mala calidad, y, posiblemente por el acoso del corregidor desaprensivo —o ya por sugerencias alógenas— la de su sustitución por don Francisco Ronquillo, recordado aún por su gestión anterior. Los motivos originales se ampliaron en un segundo momento, cuando otro aristócrata de la oposición desvió el fervor y la marcha contra el Presidente del Consejo de Castilla y, repitámoslo, representante del gobierno de turno por su calidad de «primer ministro» sin tal denominación. La saña contra su casa era el símbolo tangible de la protesta airada contra su persona, pero más contra su gobierno, es decir, contra el gobierno.

El pueblo, a tenor de sus exigencias, logró un «buen Corregidor» (45), paseado en triunfo y en señal de victoria justiciera; consiguió la seguridad de que Oropesa sería sustituido; pudo escuchar de boca de Ronquillo primero, del rey después, o de quienes podían leer el bando respectivo, la promesa de la rebaja de los comestibles y del perdón real, con tal, claro está, de que se retirasen a sus casas y despejaren la plaza (lo que no cumplieron los amotinados hasta que se impuso la fuerza de la noche y la amenaza de la artillería).

Mas, salvo la remoción del gobierno y el perdón de Carlos II, en el fondo todo se quedó en promesas, gestos paternalistas y maneras

(44) Id., 9.

(45) *Respuesta dada por un ministro*, 145r-v.

demagógicas, sobre todo en Ronquillo. De nada sirvieron las monedas arrojadas a los hambrientos por aristócratas palatinos cuando se encontraron con la multitud hambrienta y de poco la baja por decreto de los precios, pues en los días, incluso en los meses, siguientes continuó la ascensión de los precios en el mercado y se percibió «el aumento por días del número de los aldeanos que buscan en la ciudad refugio contra el hambre, que es mala consejera» (46). Las migajas de los dotados no podían paliar el hambre de la masa cada vez más crecida ni sus donativos cubrir los efectos de automatismos imposibles de frenar (47).

A agigantar el espectro del hambre contribuyó el movimiento de los acaparadores, inevitables compañeros de toda crisis de subsistencias de tipo antiguo (¿sólo de tipo antiguo?). Su presencia está más que probada en el Madrid de aquella penuria. Precisamente los rumores, las invectivas satíricas inmediatas al motín, se cebarán en estas reservas de la especulación: en los Prieto, abastecedores asentistas de la *carne* de la Villa, en el estanco del *aceite* de los plantíos de Oropesa, en la nefasta política exportadora de *trigo* extremeño a Portugal. Los ataques no van tanto contra el hecho en sí —y ello es revelador— cuanto a probar las complicidades interesadas del conde y su mujer. La exculpación de Oropesa centra buena parte de sus argumentos en poner las cosas en su punto; la réplica de Salazar (o de quien fuese) insiste con vigor renovado en acusaciones y evidencias. Todo este artificio entra en la fase política del motín madrileño, en el que ejerció peso decisivo la convicción de que «la carestía de los artículos de primera necesidad procede de la codicia de los asentistas del pan, del vino, de la carne y de otros artículos semejantes, que para esquilmar al pueblo y enriquecerse con ellos los acaparan y venden al precio que les acomoda, y se cree que algunos ministros van a la parte en estos monopolios y por eso amparan a los arrendadores. El nuevo Corregidor ha multado ya a uno de éstos con dos mil escudos en provecho de la Villa y ya ha comenzado a bajar el pan y la carne» (48), se comunica en las primeras impresiones.

Las únicas medidas adecuadas para moderar los precios y paliar la carestía tendrían que haberse cifrado en el sistema de pósitos compensatorios; pero «esto —acota Oropesa— no ha parecido practicable nunca en Madrid» (49). No hubo más remedio que recurrir

(46) *DI IV*, 338.

(47) Así el donativo destinado a compras de trigo en los comienzos de mayo: 2.000 pistolas el cardenal Portocarrero, mil el de Córdoba; 500 el Almirante y Balbases, las 250 de Mancera, Aguilar, Villafranca y Monterrey (*DI IV*, 343).

(48) *DI IV*, 333, 356.

(49) *Representación*, 187v.

a la inveterada extracción de granos de las dos Castillas cercanas, sistema tradicional de abastecer a la Corte para evitar las secuencias políticas de las crisis de hambre. Este método de aprovisionamiento hacía converger los caminos, los pésimos caminos, de la Meseta, las carretas y acémilas con granos (requisados si no había otra posibilidad) hacia Madrid. El trasiego se animaba en años, tan cíclicamente frecuentes, de carestía, hay que pensar —porque así era en realidad— que con el descontento de los castellanos, testigos impotentes de la depredación no sólo de sus excedentes agrícolas sino del producto imprescindible para su subsistencia en estas épocas de presión. La habilidad del gobierno debía basarse en ordenar el abastecimiento ante los síntomas de penuria inminente: Oropesa lo sabía por la experiencia adquirida en su exitoso mandato de la década anterior. Cuando ascendió por segunda vez al poder, el ambiente enrarecido de la Corte, el mundo complicado de intrigas, la atención que había que prestar a los hilos de la diplomacia internacional que se ovillaban y desovillaban en Madrid, el problema obsesionante de la sucesión del monarca, le impidieron tomar las medidas adecuadas a un problema cuya transcendencia e inmediatez ni supo calibrar. Incluso es posible que cayese en la torpeza de las exportaciones portuguesas. Al conjunto de estos descuidos atribuye la reina la raíz de los alborotos madrileños (50).

Por eso, en el mismo día en que fue eliminado se trató de cubrir con prisas esta urgencia. Deliberadamente se difundió la noticia de que el Consejero de Castilla don Sebastián de Cotes había sido comisionado para el aprovisionamiento de trigo y harina en Castilla la Vieja (51). En los días siguientes el Corregidor Ronquillo vela por la seguridad de los panaderos y del pan, por el orden de su distribución. Todo resulta, si no perfectamente inútil, sí muy difícil: el acaparamiento no se puede evitar y, además, es muy escaso el pan que llega a Madrid, como hemos dicho. El embajador francés, el más atento observador, que recuerda los esfuerzos de Luis XIV en circunstancias gemelas y su éxito «el año de carestía para hacer vivir al pueblo hasta la nueva cosecha», no puede evitar la comparación con el fracaso del gobierno de Madrid, incapaz de llevar a la Corte el grano, secuestrado en el trayecto por los pueblos hambrientos, imposible de ser acarreado en los contingentes precisos por la deficiente organización de la infraestructura y del

(50) *DI* IV, 334.

(51) *Copia de Carta*, 9-10. Sobre curriculum de Cotes, cf. J. FAYARD, *Les membres du Conseil de Castille a l'époque moderne (1621-1746)*, Genève-Paris, 1979, passim.

transporte, o porque a efectos de la carestía, «no se encuentra paja ni avena para las mulas que habían de traerlo» (52).

El mismo Harcourt anota la incidencia de la crisis en los alborotos que se registran en Valladolid y en otras ciudades. No dice, sin embargo, que estos motines secundarios (rurales y urbanos) fueron provocados, además de por el hambre, por las protestas contra el sistema de abastecimiento de la Corte y porque en estos municipios se intenta, también, afrontar la crisis económica con criterios predominantemente políticos; es decir, se trata de asegurar el aprovisionamiento de la ciudad a base de requisas de los granos a determinadas leguas a la redonda para evitar que el descontento popular dirija sus quejas o explote el motín contra las autoridades locales. Forzosamente tenía que concurrir la política de abastecimiento municipal con el sistema de extracción regional en beneficio de la Corte. Estos choques, tipificados como «motines de secuestros» («de entraves») por Tilly, limitados por ésta al ámbito rural, menudearon en las ciudades en 1699 (53).

La dinámica es siempre la misma: se trata de obturar las cargas secuestradas o requisadas para Madrid, y la acción violenta de entorpecimiento se dirige a impedir que las carretas extraigan los granos imprescindibles para el abastecimiento local. Sabemos que tales asaltos a las carretas tuvieron lugar en Medina del Campo y, gracias a las investigaciones de A. Gutiérrez, podemos conocer lo acontecido en Valladolid, víctima a su vez de las «entraves» de su contorno. Mientras el regimiento envía memoriales respetuosos al rey para que el comisionado don Sebastián de Cotes no embargue para la Corte el trigo comprado (o embargado) previamente para la ciudad, el diez de junio el pueblo, es decir, «la clerecía con armas», se presenció en el camino seguido por las cargas madrileñas, asaltó la carretería, secuestró las setenta carretas y las introdujo en la ciudad, sin el consentimiento, ciertamente, del Ayuntamiento y de la Chancillería, pero sin su oposición, con la tácita aprobación, y —al parecer— sin que después se ejerciera represión de ningún tipo contra los amotinados, conscientes de ese asentimiento de la comunidad puesto de relieve para tales lances por Thompson. Es una lástima que la documentación no facilite más detalles acerca de la entraña de esta motín vallisoletano (54).

(52) *DJ* IV, 336, 342-344.

(53) L. A. TILLY, «El motín de subsistencias como forma de conflicto político en Francia», en *Revista de Occidente*, n. 122 (mayo 1973) 208-248.

(54) A. GUTIERREZ, *Aspectos demográficos de la población vallisoletana en el siglo XVII*, memoria de licenciatura, inédit., Valladolid, Departamento de Historia Moderna, 1977, 182-

De todas formas, lo conocido es suficiente para detectar una realidad: lo conseguido por los amotinados madrileños en aquella jornada del 28 de abril no les aportó la solución al problema que los movilizó contra el gobierno. Los precios continuaron disparados, el hambre no cesó en su acoso creciente, el recurso de la tasa de granos se formalizó tan tardía (18 de agosto) como inútilmente, dada la falta de correspondencia entre el precio oficial tasado, los precios reales y lo problemático de la aplicación de la medida gubernamental (55) (¿por qué no se levantó espasmódicamente el pueblo madrileño en esta circunstancia de agobio?) Si por agosto comienza a vislumbrarse un horizonte más esperanzador, será debido no a los efectos del amotinamiento, sino a los síntomas de una cosecha siguiente excepcional. También tiene gracia que la inquietud comience a sosegar cuando el partido de la oposición logra sus objetivos principales. ¿Quién se benefició, entonces, de la jornada de violencia en la que, al menos aparentemente, el pueblo madrileño luchó en solitario?

6. La transmutación de un motín de subsistencias en «motín de Corte»

Equivaldría a una grosera ingenuidad no detectar en la jornada madrileña del 28 de abril la más descarada manipulación del hambre del pueblo, que se jugó casi todo en beneficio de intereses de la clase política que está luchando, tan llana como encubiertamente, por el poder y que trata de aprovechar por todos los medios posibles la inquietud general para provocar la crisis del gobierno. En los prólogos del estallido, los motivos reales de las quejas contra la carestía y los altos precios se canalizan contra Oropesa y su bando. El marqués de San Felipe atribuye a actividades demagógicas del entrenado Ronquillo, portavoz del «Partido» adverso a Oropesa, la divulgación de todos los motivos que podían irritar al pueblo: «fingía compasión de sus males, alguna vez lagrimaba, favorecía a su designio la casual esterilidad de aquel año, por la cual se aumentaron los precios de la harina y del aceite (...) Estas quejas traían encadenadas otras de no menor entidad: que estaba desterrada la justicia, haciendo venales los empleos; que tenían engañado al rey y que sólo reinaba la tiranía

191. L. Pfandl traza una semblanza de este motín vallisoletano que no se parece en nada, sino todo lo contrario, al que ofrece la documentación estudiada por A. Gutiérrez.

(55) Harcourt comunicaba «La pragmática tan anunciada sobre el precio del grano se ha publicado, por fin, la vispera (18 agosto). Fija la tasa del trigo en 29 reales de vellón, la del centeno en 17, la de la cebada en 13, pero su aplicación se considera problemática». *DI V*, 26.

hasta introducir el hambre, la pobreza y la miseria, y que se habían desterrado los más celantes ministros y padres de la patria para no oponerse a la barbaridad con que se trataban los súbditos» (56). El futuro Corregidor, dirá un memorial hostil, «aprendió en la escuela de don Juan de Austria, su amo, la ciencia de conmover pueblos, malquistar reinas y arrojar ministros» (57). «Y no es mucho suponer —deduce Cánovas del Castillo— que el mismo Ronquillo fuese quien preparó los sucesos (del motín) demasiado útiles y bien aprovechados para pasar por casuales y no por fruto del deseo de echar el resto los franceses» (58).

No es en los trances previos precisamente. Cuando el motín se politiza es en los días y meses posteriores a la extinción de la clamorosa protesta popular. En este año y medio de motín y posmotín, de lo que no hay duda es de que los «Partidos» (entiéndase clanes, bandos, clientelas) jugaron todas las bazas posibles de la bajeza, de la intriga, de vergonzosas aberraciones como la del sometimiento a exorcismos insólitos de un monarca que, a decir verdad, fue el único personaje que parecía tener conciencia de la trascendencia de su quehacer, de su misión, de su responsabilidad. Si hay algo que extraña en el último vástago de los Austrias españoles es precisamente su auténtica preocupación por la monarquía que ha heredado y que debe legar, incólume a poder ser, con independencia y grandeza de ánimo tanto más chocantes cuanto aherrojadas en un mundo de intrigas y en un cuerpo que, a juzgar por los partes médicos de Geleen y otros observadores, no se explica cómo pudo aguantar aquella agonía sempiterna. Mientras no se estudie sistemáticamente la figura de Carlos II, considerado por algunos reinos en sus días como el mejor rey de España (59), será difícil borrar su imagen de marioneta desgraciada, tópico que, por los indicios, y si la esperada monografía de Kamen no cambia las cosas, parece estar llamado a perdurar, aunque no pueda seguirse manteniendo sin matices sustanciales.

Las facciones de la aristocracia cortesana, por el contrario, ofrecían el espectáculo, nada gratuito, de un enfrentamiento radical y a merced de las potencias extranjeras que, justo en estos meses de 1699 y

(56) V. BACALLAR Y SANNA, o.c., p. 7.

(57) C. FERNANDEZ DURO, o.c., p. 253.

(58) A. CANOVAS DEL CASTILLO, o.c., p. 405, supone que el dinero francés se dirigió hacia estos fines intencionados y subversivos.

(59) Pueden verse estas apreciaciones discordantes con la sensación tenida desde el Centro en los estudios de H. Kamen sobre la decadencia y sobre Feliú de la Peña, así como en los más documentados de Pere Molas, recogidos en su obra *Comerç i estructura social a Catalunya i València als segles XVII i XVIII*, Barcelona, 1977, sobre todo en páginas en que analiza la figura del citado tratadista.

1700, se repartían y se volvían a repartir con toda tranquilidad los despojos del imperio hispano. No es cuestión de entrar en la descripción de tales facciones: es muy tedioso y lo han hecho con parsimonia y lujo de detalles los viejos historiadores del reinado de Carlos II y las relaciones de diplomáticos que actúan y miran en la Corte por esos días decisivos. Baste con insinuar que los «austriacos» o «alemanes» —apoyados por insignes partidarios anteriores del candidato bávaro recientemente fallecido— cuentan con el respaldo decidido de la reina y sus adláteres, odiados por su condición de extranjeros y su probada avaricia. Oropesa, quizá con no excesivo entusiasmo (pero no le quedaba más remedio), el Almirante, el conde de Aguilar eran los respaldos cortesanos del «Partido» (60). El «Partido de los celosos» padres de la patria —comunica Ariberti— «está formado por el Cardenal (Portocarrero), Monterrey, Villafranca, Mancera, Leganés, Benavente (no hay que olvidarlo por su papel en el motín), Medina-sidonia y Pastrana». Se olvida de los más activos, es decir de Ronquillo y de don Manuel Arias. Lo cierto es que están comandados por el arzobispo de Toledo, tan sinuoso, que hasta muy tarde el despistado Harrach estuvo convencido de su inclinación progermana y no se dio cuenta, sino cuando ya no había remedio, de que estaba penetrado hasta los huesos del «mal francés» (61).

Este de los «celosos» profranceses será el «Partido» que explote generosamente el motín. Cuando el Consejo de Estado se debata entre dar gusto a los amotinados o no establecer el inaudito precedente de que la autoridad real cediese a imposiciones populares, y por fin se decida por el destierro de Oropesa, la *Respuesta* atribuida a Salazar interpretó la determinación de los consejeros como efecto de haber considerado «que era mayor caudal para el soberano el amor a los pueblos y la quietud de la Corte que la conservación de un ministro odioso y repugnante» (62) (como no hay duda de que para el autor del panfleto, Salazar o quien se escondiese bajo su prestigio, lo era). Pero el propio Portocarrero desvelará el secreto de los móviles y autores de la decisión cuando, a los pocos días, trate de justificar su negativa a aceptar la Presidencia de Castilla, porque, «habiendo contribuido él tanto a

(60) Datos abundantes sobre todos estos personajes «extranjeros» del contorno de la reina pueden verse en las obras cit. de Maura y de Adalberto de Baviera, que lo estudia con mucha amplitud.

(61) *DI* IV, 359, V, 463. Pfandl se detiene en la descripción del «Partido» que él llama de los siete magníficos, cuyas actividades están reflejadas —a veces no tan exactamente interpretadas— en las obras citadas anteriormente y a lo largo de las comunicaciones recogidas en los tomos IV y V de *DI*.

(62) *Respuesta dada por un ministro*, 148v.

la caída de Oropesa, podría parecer que lo hizo por ambición personal» (63).

Los «celosos» se propusieron, una vez eliminado Oropesa, consumir sus proyectos de aniquilación del «Partido» austriaco con el alejamiento de los «malos lados» de la reina (64) y el sometimiento incondicional del rey a sus programas, que eran programas de Francia, y de los que dependía también la fortuna personal de los implicados. Es entonces cuando tratan de presionar con el recuerdo y el mantenimiento de un clima motinesco continuado. Cuando contrastan la resistencia del rey ante los cambios de gobierno sugeridos instan a su cardenal «para que salga de Madrid precedido de la cruz arzobispal, diciendo a todos por qué se va». La cruz alzada, el recurso a la salida solemne y procesional no entraña otra intencionalidad que la de provocar al monarca con la amenaza de otro motín. El temor a ello, y a que «se le imputasen las consecuencias», frenó al cardenal, que limitó su resistencia pasiva a no asistir al Consejo ni a Palacio (65).

La amenaza mantenida y manipulada de nuevos amotinamientos (que no tenían por qué no estallar dadas las circunstancias económicas) ayudaron a la oposición contra Oropesa a cubrir sus objetivos. Ahora bien, la intriga en las altas instancias del gobierno español para lograr su programa «grandioso» jugó siempre con el respaldo de la opinión «pública», una vez que la clase política percibió —puesto que ella se encargó bien de espolpearlo e incluso de crearlo artificialmente— el peso de la opinión del pueblo, inquieto y nervioso, en las decisiones del monarca. Merece la pena insistir en esta conexión tan antinatural como frecuente entre los políticos aristócratas y la masa popular, magníficamente manipulada en pro de unos intereses tan ajenos a sus preocupaciones inmediatas de comer y subsistir.

7. El rumor, la sátira y la manipulación de la «opinión pública»

Hemos visto cómo la explosión popular, aunque intensa, fue efímera en su expresión callejera. No hubo ataques a tiendas, a

(63) *DI IV*, 352.

(64) Harrach comunica al Emperador: «Sigue, pues, la discrepancia entre los ministros. Mientras el cardenal (Portocarrero) y los suyos opinan que se debe alejar más a Oropesa y al Almirante y licenciar el regimiento antes de proceder contra la Berlips, Aguilar, el Capuchino y sus adláteres, Ubilla y el Presidente de Castilla creen que lo primero es expulsar a los alemanes y a Aguilar y que lo demás se obtendrá por añadidura. Parece ser que Arias ha decidido a todos los de su Consejo para que eleven consulta al Rey pidiendo la expulsión de los alemanes, porque sin ella no podrá mejorar el gobierno, y que esa consulta se entregará muy pronto» (18 de junio 1699. *DI IV*, 383).

(65) *DI IV*, 352-353; V, 25, 151.

acaparadores, a asentistas ni a establecimientos, como índice de que un motín de hambre no puede contemplarse con angelical simplicidad como movimiento virginalmente espontáneo sin otros espoleos que el de los estómagos, pues, para colmo de contradicciones, éste de 1699 no se produjo en el ápice de la escalada de precios ni de la carestía, que, además, «otras veces había sido mayor», apunta Ariberti (66).

Ahora bien, si el motín callejero cesó apenas nacido, el clima de amotinamiento, los riesgos continuados de reestallar, siguieron revoloteando hasta que la oposición logró sus principales objetivos. En esta otra fase, larga, de inquietud, los motivos de queja, el hambre, se dirigen por elementos ajenos a los hambrientos, en campañas de «opinión» hábilmente orquestadas en apoyo de «programas» políticos, con los que se intenta sensibilizar al pueblo. Hay por tanto, perfecta correspondencia entre las preocupaciones de las elites anhelosas del poder y los temas que se lanzan a la calle para mantener vivo el rescoldo del descontento contra el gobierno que no acaba de dejar libres todos los puestos por los que se suspira desde la otra facción.

Las tácticas para lograr esta conexión entre sectores tan lejanos no pueden ser más elementales, quizá por ello mismo tampoco pueden ser más eficaces. En primer lugar se agitan problemas de interés popular, preferentemente estomacales. Tales motivos estomacales, que aseguran la reacción simpática de las clases inferiores, sirven para arropar la oposición contra los responsables —mejor, responsabilizados— del hambre, presentados como la antropomorfización del «mal gobierno», causante de la ruina de España, especialmente vulnerable cuando —como en 1699 (o mucho más tarde en 1766)— se halla integrado o respaldado por extranjeros, pábulo envidiable para alimentar la llama tan cercana de la xenofobia. Como contrapunto emergen figuras salvadoras en la apoteosis de todo su poder mesiánico, forzosamente «españolas», naturales y —rara casualidad— siempre coincidentes con los relevos gubernamentales preparados por la oposición.

Los medios y las técnicas de transmisión, de provocación, de identidad de acción ya que no de intereses, camuflados, tampoco trascienden de los simples y peculiares del Antiguo Régimen. En 1699-1700, como antes y después, se cifran en potenciar el poder explosivo del *rumor* y de la *sátira*. Aquél pasa de boca en boca, de mentidero en mentidero; ésta de mano en mano, de la lectura, por quien sabe leer y entender, al comentario regocijado de la mayoría que no puede hacerlo. Los motivos del uno y de la otra tienen que coincidir, pues no hay duda que, en las campañas de oposición, la sátira es la versión culta o

(66) *DI* IV, 337.

semiculta del rumor. Como tampoco cabe dudar del origen de ambos: aunque algún chisme pueda brotar de abajo, y alguna invectiva escrita sea atribuible a los «populares», la masa de la producción escrita nace, se forma y se maneja en esferas más elevadas social y culturalmente. No nos explicamos cómo pueden adscribirse los orígenes de piezas mejor o peor elaboradas a un «pueblo» incapacitado para dejar oír su voz, una voz muda hasta que la alfabetización penetre en niveles tan intocables en 1699. Ahora bien, si por sus orígenes la sátira es claramente aristocrática (nos referimos a la aristocracia cultural, coincidente o no con la social, casi siempre al servicio de ésta, al menos en 1699), por su destino —la manipulación de la masa analfabeta y la sensibilización de alfabetizados— puede calificarse en todo rigor de «popular». La «opinión pública» no es, entonces, sujeto colectivo y activo, agente de influencia, de orientación o de presión de la calle en instancias superiores, sino objeto maleable de información (o desinformación), de presión y manipulación de los dirigentes para forzar el apoyo «popular» a sus planes y ambiciones de poder.

La publicística así entendida —rumorosa o escrita— tuvo un buen momento en los diversos tiempos del motín, desde la segunda ascensión de Oropesa hasta la muerte del rey, pues después, en la lucha dinástica, revistió otros significados (67). El clérigo, que escribe su relación justamente cuatro días después del estallido, comentaba escandalizado: «salen muchos pasquines, tan satíricos como mordaces y desvergonzados, que por (no) escandalizar no los he querido admitir» (68). En los meses siguientes se sigue insistiendo en la presencia bien notada de estos medios atávicos de influencia, y en algunos casos se descubre con la mayor naturalidad la paternidad de los productos clandestinos. «Los grandes continúan con sus pasquines, porque quieren forzar la mano del rey, sin comprender que envenenan al pueblo». «Prosiguen los pasquines, y son tan fuertes, que no me atrevo a mandar ninguno». «Sale cada día un papel, y los reyes los leen todos» (69).

a) *Los «papelones» y el chantaje*

«El desenfrenamiento de los papelones, que son tan fáciles a cualquier malintencionado, y que ponen sus voces en cosas más superiores que el precio, usando sólo de aquel principio para hacer más

(67) Cf. M. T. PEREZ PICAZO, *La publicística española en la Guerra de Sucesión*, 2 vols., Madrid, 1966.

(68) *Copia de Carta*, 10.

(69) *DI* IV, 343, 380, 397.

cuidadosas otras diferentes voces que no tenían conexión alguna con el pan», en palabras de Oropesa, arreciaron en cuanto se planteó la posibilidad de su permanencia a pesar del motín (70). La sátira, compañera o traductora del rumor oral, pululó en prosa y en verso, en toda clase de géneros y de rimas, como cartas, epitafios o parodias oracionales, es decir, bajo todas las formas expresivas de tales productos. La publicística subversiva no cesa en el recuerdo de que el pueblo, cuyo poder parece haberse descubierto, retorne a su agitación directa.

El *Desengaño graduado en la universidad del vulgo*, título indicativo que encubre una de tantas glosas del Padrenuestro dirigidas a evitar la represión de los amotinados y a ejercerla en los auténticos «culpables», no puede ser más explícito:

«Ya los malos tratamientos
hicieron saltar la plebe,
y cuando un pueblo se mueve
se ven muchos escarmientos...

Con singular tropelía
quieren, por razón de Estado,
castigar al que se ha hallado
en el ruido de aquel día;
mejor, sin duda, sería
que llevasen al castigo
los que encarecen el trigo,
y el pueblo puede ser que
el que merecen les dé
si les pone la ocasión
en la tentación.

Esto dicen los pasquines
y otros diversos carteles;
mira, rey, que estos papeles
anuncian muy malos fines;
no originen más motines
gobiernos con tal desorden;
ponedlos, señor, en orden,
y, pues has visto el amago,
no quieras ver el estrago
que sea en todo fatal.

Libranos de mal (71).

Algunos papeles toman la forma de cartas ciegas amenazantes:
«Uno de ellos anuncia que el día 26 (de mayo, casi al mes del de abril)

(70) *Representación*, 196v, 198r.

(71) No es cuestión de ofrecer las referencias de tantas copias como existen de casi todas las sátiras que aduciremos. Procuraremos atenernos al códice, uno de los más completos, de la BN, Ms 17.535. El texto citado, fols. 113r-114r.

habrá un gran alboroto, todo lo cual se comenta y esparce con acritud» (72). También se dirigió al monarca, por medio de su Secretario Ubilla, «un escrito insolente en que se amenazaba con destronarle» (73). Si se atiende a la cronología puede contrastarse la coincidencia estratégica de estas amenazas con los momentos en que arrecia la presión contra la camarilla de la reina, o sea, contra los obstáculos a la escalada al poder del «Partido» de Portocarrero, quien, en el forcejeo por librarse de ellos, recurre al chantaje, «porque de lo contrario se cumplirán las predicciones de los papeles que corren» (74).

b) *Oropesa y su gobierno, causas del hambre.*

El motivo de las quejas así expresadas es, como queda apuntado, de apariencia popular. No puede faltar, por tanto, la inculpación al gobierno de la crisis de subsistencias, agravada por la presión fiscal discriminatoria y agobiante «contra el pobre y su sudor» en provecho de los ladrones, identificables sin dificultad de ninguna clase, y causa, cómo no, de la ruina de la monarquía:

«Con tanto tributo injusto
está tu pueblo agobiado,
y ya se hubiera aliviado
si hubiera gobierno justo.
No des a ambiciosos gusto,
destierra la exorbitancia,
pues te da exemplo la Francia
y a sus vasallos subleva,
mas, si esto te ofende, lleva
el desacato por Dios,
y perdónanos.

Millones, sisa, alcabala,
y otras mil imposiciones,
dan de comer a ladrones;
y es, señor, vergüenza mala
que un reino, con quien no iguala
ninguno, aunque más le sobre
se vea mendigo y pobre;
quita tantas demasias,
y verás que en breves días
minoras y no te adeudas
nuestras deudas» (75).

(72) *DI V*, 15; *IV*, 343.

(73) *DI V*, 3, 63.

(74) *DI IV*, 353.

(75) *El desengaño graduado*, Ms. cit., 112v-113r.

Hay que confesar que no es tan frecuente como en otras ocasiones la queja antifiscal del género; es más, cuando se esgrime, como en esta pieza, se hace ante todo para justificar la actitud de los amotinados, espoleados no por deslealtad monárquica, sino por el hambre en primer lugar, y, en segundo y principal término, para culpar al gobierno por la carestía (76).

Corrieron, frondosos e incontenidos, los rumores contra los ministros confabulados con los acaparadores; «que el culpable de todo es Oropesa por haber vendido dos millones de fanegas al rey de Portugal»; «que tales exportaciones reportaban sus beneficios al conde» (77); que estos beneficios se acrecían con las ventajas del asiento de la carne estancado en la firma de Prieto (78); que él mismo se había convertido en acaparador del aceite. De todas estas acusaciones —y de tantas otras— se hacía partícipe a su mujer, cuya avaricia se fustiga sin compasión (79).

(76) *Ibid.*, fol. 112r.

«Oye, Señor, cómo implora
el pueblo tu protección.
No le llames sedición,
que por pan el pueblo llora.
Un señor y una señora
pan y aceite han estancado;
de Oropesa es el cuidado,
que, siendo tu Presidente,
él lo hace y lo consiente
por comerse con lo vuestro
el pan nuestro.

En *Los pobres del Ave María* (BN, Ms. 17.535, fol. 119v-120v, BN, Ms. 18210, fol. 122v), y en tantas otras invectivas, se insiste en estas inculpaciones.

(77) *DI* IV, 333, 336, 339, 342.

(78) En efecto, este Prieto, cuyas actividades y connivencias con Oropesa trata éste de justificar, y Salazar? de acusar, aparece frecuentemente denostado en la sátira y como uno de los enemigos que Ronquillo tiene que aniquilar. Cf BN Ms. 4.058, fol. 158r; *Lo que pide el pueblo a voces*, BN, Ms. 17.535, fol. 74v; *Remedio único de Madrid el día de hoy*, *ibid.*, fol. 73v: («Y el sudor de los pobres/ a Prieto que lo devuelva»); y, en alusión a su estanco de la carne, el epitafio bajo el título *Enfermedad y muerte y honras fúnebres del señor conde de Oropesa, que da al público el más interesado en sus aumentos, dedicándolas a quien dedícase su silla*, Ms. cit., fol. 160r. se personifica a Prieto, visto como socio del conde en las especulaciones sobre los abastos; «Extendió la bayeta Prieto, y, mirando el túmulo, decía admirado:

Rojo me ha puesto esta pira,
viendo que la carne, oh insanos,
ha de parar en gusanos».

(79) Véase la respuesta que mereció una de las escasas piezas que se comprometieron, seguramente como recurso para fustigar a su mujer, en la defensa del caído Oropesa:

«*Décima*

Loth, que en Sodoma vivía,
la libértó del castigo,
porque era de Dios amigo,
el tiempo que allí asistió;

c) *El héroe salvador*

La connotación económica de la producción panfletaria comienza a perder fuerza desde que Oropesa sale de la Corte. En contraste —hasta que llegue la hora de agujinear a la camarilla de la reina— y en recurso habitual de las campañas de este tipo, hay que ensalzar al salvador de la situación, el nuevo mesías desfacedor de los entuertos de su contraimagen. Hasta en la misma sucesión de las composiciones se percibe el estratégico contraste, como en la parodia culta del salmo «Exsurge, Domine»:

«Desnuda, oh Santo Dios, el justo acero,
levanta el brazo de tu gran justicia,
castiga con crueldad tanta malicia
de aqueste lusitano despensero,
que, haciéndose aceitero y panadero,
la sangre de tus pobres usurpaba;
que así tu pueblo, gran Señor clamaba
aquel gran día de tu justo amago;
venga sobre este infame aquel estrago,
que a Faraón Moisés pronosticaba.

Fac nobis deos qui nos precedant
Moisés, Señor, que fue tu gran caudillo,
que tu brazo y poder lo gobernaba,
y con el celo que en tu fe lograba,
destruyó la adoración del becerrillo;
consérvanos, Señor, este Ronquillo,
que la voz tuya al pueblo nos ha dado;
no llegue aquesta Corte a aquel estado
que pida el pueblo con voces y clamores
reyes que nos gobiernen con rigores,
que aqueste será el fin más desdichado» (80).

Se critica que se ose cuestionar el loor merecido y que hasta se llegue a discutir la conveniencia de atribuirle el cargo pedido por el pueblo:

pero, así que se ausentó,
fue a las llamas entregada
aquella ciudad malvada;
Madrid desterró este día
otro Loth que en ella había:
tema, pues, ser abrasada.

Respuesta de Madrid

Si el texto se ha de entender
en todo a lo literal,
dí al Conde que a su mujer
haga convertir en sal
y al punto le harán volver».

BN, Ms. 17.535, fol. 74r.

(80) *Psalmos 43, Exurge*. BN, Ms. 17.535, fol. 140r.

«Que no le hayan consagrado
estatuas, u de laurel
coronado, pues él sólo
padre de la patria es,
¿qué es?

Es que ministros desleales
han llegado a conocer
que impediría sus coechos
si él en el mando se ve,
esto es» (81).

d) «*Mi Seor Don Juan Tomás*»

Oropesa tuvo que abandonar su observatorio cercano de Loeches para recluirse en sus tierras, con respiro de la oposición. Mas por Madrid quedaba el Almirante, más peligroso por el empeño de la reina en protegerle. En realidad, aunque se hable de segundo mandato de Oropesa, quien al parecer lleva las riendas es don Juan Tomás Enríquez de Cabrera, con admirables posibilidades de acción desde su cargo de Caballerizo Mayor y las ocasiones que para el influjo en el rey le proporcionaban su cercanía, la decidida protección de doña Mariana de Neoburgo y su capacidad de intriga. La acción del «Partido» del avisado Portocarrero, desde que el 9 de mayo desapareció de escena Oropesa, se dirige a forzar la desgracia del peligroso Almirante, que, no menos avisado, convertirá su casa en fortaleza inexpugnable a futuros amotinamientos (82).

Ya estaba tocado desde antes del motín por el rumor, la sátira y la publicística panfletaria (83) quien, por la fama de su cobardía y

(81) *El qué es de la Corte de España*, sátira muy divulgada (Cf. BN, Ms. 17.525, 17.535, 10.210), la hemos incluido en nuestra antología *Sátiras políticas de la España Moderna*, Madrid, 1973, el texto p. 200. El auténtico relevo de Oropesa, Manuel Arias Mon, que ocupó la Presidencia de Castilla, fue mucho menos popular. Pero se le acepta, porque su riqueza dejó concebir esperanzas de que remediará la carestía:

«*Décima*

Después de su expectación,
para quietud de mirones,
cuando esperaban colchones
sólo se les da un jergón.
De esta acertada elección
será Ronquillo testigo,
que es su fiel y antiguo amigo,
diciendo: venga en buen hora
a presentar el de Lora
como traiga mucho trigo».

BN, Ms. 17.535, fol. 72r.

(82) DUQUE DE MAURA, o.c., III, 353. Puede verse la importancia que en el «motín político» tiene el extrañamiento del Almirante.

(83) C. Fernández Duro dedica al cap. II de su o.c. al análisis de estos productos.

refinamiento afeminado, fuera denostado por alguna de las mejores, más afortunadas y copiadas piezas del género de entonces:

«Mi Seor Don Juan Thomás,
el de la cuchilla intacta,
el Orlando en los jardines
y el Narciso en las campanías.

El de la cara bruñida,
el de los labios de nácar
y, todo junto, un retrato
de doña Venus con barbas» (84).

El ataque definitivo, en consecuencia con la recepción popular de las invectivas contra el «lindo Almirante», se cebará en estas taras personales y en las relaciones con la reina odiada y sus hechuras no menos aborrecidas:

«Que el Almirante gallina,
que priva, y privado es,
viéndole tan buen vinagre
no hagan escabeche de él,
¿qué es?

Y que a este diablo soberbio,
más demonio que Luzbel,
que ha inficionado el imperio,
no le hayan hecho caer,
¿qué es?

Y que, habiendo hurtado tanto,
pues guardar su anhelo es,
aún no haya escarmentado
y le tengan en su ser,
¿qué es?

Es que lo quiere la reina,
Berlips y Barbón también,
para que de España el oro
les ayude a recoger.
Esto es» (85).

Por fin es desterrado (23 de mayo 1699), pero con tantos honores y tan cerca, que puede quedarse y divertirse (e intrigar) en Aranjuez, con sobresaltos constantes de quienes quieren verlo lejos e inmunizar al rey de sus influjos. Se rumorea que «viene todas las noches de rebozo a Madrid para hablar con Aguilar, el P. Gabriel y otros partidarios

(84) C. FERNANDEZ DURO, o.c., p. 252 recoge el texto citado, que se conserva también en muchas copias. Valoración de la fama de esta sátira y de su divulgación, en el índice que se incluye, entre otros lugares, en BN Ms 18.212.

(85) En *Sátiras políticas de la España Moderna*, pp. 200-201.

suyos»; que envía a la reina mensajes cifrados desde la ya forzada lejanía andaluza y ocultos en magníficos regalos para conducir viajes regios a Guadalupe o cambiar hasta el asentamiento de la Corte (86). Y se divulgan cartas —indudablemente fingidas— a Doña Mariana como evidencias de complicidades en sucios negocios económicos (87). El Almirante, incluso cuando está confinado en Andalucía, inquietará más que Oropesa a los nuevos detentadores del poder, sobre todo cuando a fines de agosto se hable del retorno del preferido de la reina (88). Y, de hecho, cuando muera Carlos II, en Madrid se presentará, arrogante como siempre, Don Juan Thomás, cuya hora histórica le llegaría tras su defección antifilipista en la Guerra de Sucesión (89).

e) *La inevitable xenofobia*

Fuera de juego el Almirante, el Partido francés concentra sus dardos en la reina y en su cábala de germanos y adictos. Pocas veces miró el pueblo español con tanta atención a una reina como a esta segunda mujer de Carlos II; de ella se hacía depender la pervivencia de la dinastía y hasta la suerte de España; ni se atisbó a ninguna otra con tanta ansiedad como a Mariana de Neoburgo, desde la esperanzada entrada en la Península (90) hasta escasos días antes de la muerte del rey, cuando se divulgaban —y se manipulaban por unos y por otros— las noticias acerca de las noches que podía dormir —todos suponían que también cohabitar— con su mujer. La decepción reiterada ante tantas fecundaciones rumoreadas y fallidas contribuyó a la impopularidad de Mariana, no hay duda (91).

Mas a las alturas de 1699-1700 influyeron, junto a éste, otros elementos para hacerla más odiosa. Desde antes, pero más desde el motín, la sátira se cebó en ella por su insistencia en mantener a Oropesa, por defender contra viento y marea al Almirante, por su participación en negocios no claros con ambos, por el despótico

(86) *DI* IV, 382; V, 189-190.

(87) Ese es el sentido de piezas como la *Carta que escribió el Almirante de Castilla cuando le desterraron de Madrid en tiempo de Carlos II por el tumulto que hubo en Madrid el año de 1699, cuando apedrearon al Conde de Oropesa, Presidente de Castilla, por la falta de pan, y le desterraron. Escrita a la reina, segunda mujer de Carlos II.* BN, Ms. 11.260/10.

(88) *DI* V, 37, 42, 43, 89, 97-98.

(89) Otro de los acusados —del «Partido» acosado, naturalmente— es Aguilar, presente en todas las invectivas (Cf. por ejemplo, en *Sátiras políticas de la España Moderna*, por aludir a uno de tantos casos, p. 203).

(90) *Razones para esperar que la reina nuestra señora sea fecunda*, en *Sátiras políticas de la España Moderna*, p. 198.

(91) Pueden verse estas preocupaciones recogidas en *DI* casi como elemento permanente de las noticias, caídas y «recuperaciones» de su marido.

dominio ejercido sobre la voluntad del rey, anulada por esta avarienta «reina palatina, que otra Ana Bolena es», «el marimacho que se mete a gobernar, no por el bien de España, sí sólo por su interés» (92). Cuando se traza la imagen de un rey menospreciado, incluso cuando se llega a «faltas de respeto» y se resucitan viejos pasquines como el desiderativo

«Si el rey-no muere
el reino muere» (93),

se debe más que a la «falta de amor», de que hablan algunos diplomáticos, a dejarse gobernar por una mujer extranjera y —no puede faltar la asociación de todo lo alemán a Lutero— además «hereje». El pésimo romance, entre tantísimos del mismo tenor, puede expresar la realidad de estos sentimientos «populares» (o que se quiere que se hagan populares):

«Carlos II, en quien vemos
que la majestad augusta
en vos nació beneficio
y vos la hacéis ser injusta.
Dígalo la permisión
que dais a los que os usurpan
el dominio y sólo os dejan
el nombre de él a la culpa.
A los honores del cielo
es ingrato el que no excusa
que otro impere la corona
que él le dio a ser sólo suya...
Que estiméis a vuestra esposa
como amante, cosa es justa,
mas no el dominio del cetro
sujetarle a su coyunda.
Como a español rey, España
rendiros su servir gusta,
mas extranjero dominio
es incapaz que lo sufra...» (94).

El «extranjero dominio» fue siempre uno de los integrantes sustanciales del resorte xenófobo y de efectos seguros a la hora de conectar intereses superiores con reacciones populares instintivas. La historia de la España moderna, desde la llegada de Carlos I hasta la Guerra de Independencia tiene que registrar el peso del odio a lo extranjero, personificado con rara persistencia en los franceses, como

(92) En *Sátiras políticas de la España Moderna*, p. 201.

(93) *DI V*, 3, 63, 153-154.

(94) *Asuntos diversos y última jornada de Perico y Marica*, BN. Ms. 18.210, 121r.

elemento integrante de la mentalidad colectiva que se hace especialmente sensible en el siglo XVII (95). El reinado largo de Carlos II comprueba que en momentos culminantes de tensión política el sentimiento antialemán logra suplantar a la fobia contra lo francés extrañamente agazapada en los dos últimos años de la centuria, como lo estuviera en las campañas contra el P. Nithard y la reina madre (96). Al extinguirse el año 1699 un confidente informaba: «casi todos los particulares y pueblos aborrecen la nación tudésca, figurada en la mente de todos por la reina, la Berlips y el Capuchino» (97). Además de por someter al rey a sus intereses, la reina será malquista por su protección a esta cábala de germanos contra los que se desatan las iras de la publicística «popular» (98).

El plan de aislar a la reina, inevitable, de sus criaturas encuentra acogida segura en la «opinión» predispuesta y asaeteada por los asaltos contra la personificación del interés como era este singular equipo, extractor del dinero español, responsable de los «hechizos» del monarca y con ciertas connotaciones heréticas. La sátira política no encuentra fronteras a sus ataques virulentos desde que la anulación del Almirante limitó el campo de operaciones y potenció la eficacia del dispositivo de la xenofobia, dirigido contra la baronesa (pronto condesa) de Berlepsch (Berlips en la documentación oficial y en muchas piezas satíricas, «perdiz» para otros y para la pronunciación despectiva del pueblo), camarera mayor de la reina y favorita; contra el confesor de Mariana de Neoburgo, el P. Gabriel Chiusa, capuchino (de ahí lo de «Barbón»), y todo su cortejo de enlaces, aduladores, sobrinos, etc., de los que da abundantes noticias Adalberto de Baviera en su monografía sobre la reina y de los que no cesan de hablar los otros diplomáticos-espías de aquel Madrid.

La invectiva se ceba a placer en la «condesa de lavaplatos soez», «pícara bufona», «con la fe por granjería en Corte que tan de cristianos es»; o en el «reverendo Barbón, afanador de doblones», «con bula promulgada en Wittenberg», «con el oro y la plata por fe» (99). El género satírico, simulando ser portavoz de clamores populares, exige a

(95) Cf. M. HERRERO GARCÍA, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, 2ª edic., Madrid, 1966.

(96) Cf. Intr. a *Sátiras políticas de la España Moderna*, p. 33-ss.

(97) 31 dic. 1699, Don Pedro González a Prielmayer, *DI V*, 153.

(98) *DI IV*, 332-333, 340: «Compadecede a la reina, que si cede pierde autoridad y se la hace perder al rey, y si defiende a sus criaturas exacerba el odio contra ella, no sólo el pueblo, sino entre los grandes».

(99) *Sátiras políticas de la España Moderna*, pp. 201-203. Todas las invectivas inciden en la avaricia de los inculpados.

Ronquillo que limpie el palacio de ladrones, que prescinda de la porquería del Barbón y la Berlips:

«Salga la Berlips también,
como salió Juan Thomás;
porque si no sale todo,
con todo ella se saldrá» (100).

Los tonos amenazadores recurren de nuevo, cómo no, de forma escasamente velada a que sin esta depuración de los «datos malos de la reina» el motín del pan no habría tenido sentido:

«Tú eres el Corregidor
y el que pan nos ha de dar,
si no quitas esta masa
no podrás darnos buen pan.

No des lugar a que digan
los que conocen el mal
que en España el mal gobierno
como se estaba se está.

Esto decimos, y a Dios
te puedes encomendar,
y si así no lo executas
a ti te ejecutarán» (101).

Y se le urge también al rey en tonos amenazadores, recordándole que, de hacer caso a las sugerencias de la «opinión» será rey, y «si no, tirano y cruel»:

«Fuese el Almirante,
feliz dicha es;
Berlips y Barbón
en remojo estén...

Porque es grande mengua
que vengan a ser
de España ministros,
herejes sin fe.

Premiad a españoles
de amor y de ley,
y a infieles y herejes
ningún puesto deis» (102).

(100) *Requerimiento de los muchachos a Ronquillo*, BN. Ms. 17.535, fol. 117v.

(101) *Ibid.*, fol. 118v.

(102) *Albricias, España*. BN, Mss. cit., fol. 116v-117r.

Los últimos versos (bueno, versos o lo que sean) abren la perspectiva clarificadora de la lucha por el poder de los «Partidos» cortesanos, callando lo que todos sabían: que la cábala rival de la alemana era tan extranjera como ella al haberse convertido en portavoz y marioneta de los intereses de Francia. Lo cierto es que se lograron los objetivos cuando la reina, por sugerencias alemanas y presiones de todo tipo, se decidió por fin a prescindir de sus «malos laños». Lo que parecía imposible comenzó a tomar cuerpo por septiembre de 1699, y aunque deshacerse de los alemanes no fue tarea fácil ni mucho menos, dadas las pretensiones desmedidas de la Berlips, por diciembre podía darse por seguro su alejamiento. Coincide la decisión con el retorno efímero al poder de la reina, capaz de influir en promociones nuevas de «ministros» adictos, de orquestar campañas contra Ronquillo, contra Arias, de desterrar a Monterrey, de anular a Leganés, es decir, de desarticular la oposición que, seguramente, no esperaba estos resultados de sus esfuerzos. En julio de 1700 la imagen de la reina ha cambiado radicalmente hasta —quién lo diría— ensalzarse su fama ¡de limosnera! y oírse gritos de «¡viva la reina nuestra señora!» (103). Fue un cambio de imagen que de poco le valió cuando los imperativos de la política internacional y la actitud de Carlos II forzaron el testamento francés en octubre. La muerte, inminente, del monarca cambió el papel político de la aristocracia y el signo de la explotación de los efectos del motín de la primavera de 1699.

8. Conclusión sugerida por una exhortación «sediciosa»

La impresión producida por el análisis del sonoro motín de 1699 no puede ser más decepcionante. Contra nuestra esperanza primera —por no decir hipótesis de trabajo—, no hemos hallado vestigio alguno de contenidos sociales ni asomo de enfrentamiento de clases ni se detecta ningún gesto de amago contra el régimen político de 1699. El único rasgo de espontaneidad fue la inesperada movilización masiva que siguió a la encrespada protesta de una mujer humilde y los clamores por el pan. El motín «popular», apenas nacido, comenzó a ser manipulado por la clase política, es decir, por un sector de la aristocracia, que, de estamento, se ha fijado ya en élite de poder (104), dispuesto a extraer todo el jugo de la revuelta de los madrileños descontentos y espoleados por el hambre.

(103) *DI* V, 330. Texto expresivo: *Ibid.*, 324-25.

(104) Cfr. J. A. MARAVALL, *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Madrid, 1979.

A pesar de todo, el motín no fue estéril: se ha descubierto, con asombro o regocijo, la fuerza de la multitud y la capacidad de su presión, aunque tal capacidad no vuelva a ejercerse en beneficio del pueblo, de su imposible —y anacrónica— participación en el poder, ni siquiera para conseguir lo que pretendía: la mejora de sus condiciones de vida, objetivo primario de su acción violenta. Lo que tampoco debe interpretarse como si el motín hubiese apagado sus rescoldos al llegar la noche del único día de su existencia efímera. Los beneficiarios se encargarían de convertir la jornada del 28 de abril en revuelta permanente, pronta a ser artificialmente convocada cuando lo imponga la necesidad de respaldar sus intrigas con el chantaje constante de la inminencia de estallidos gemelos, para los que no faltaron los estímulos «estomacales». Queremos decir, en pocas palabras, que el motín clásico de subsistencias, que apenas duró unas horas, fue trasmutado en «motín de Corte» que colearía hasta la muerte de Carlos II y empequeñecido hasta convertirse en instrumento de las «camarillas», «clanes» o unidades que personificaban aquel sistema (o desistema) de gobierno que no sabe uno cómo configurar.

Hay un documento que explicita con toda nitidez la progresiva degradación e instrumentalización del motín. Me refiero a la *Exhortación sediciosa del Maestro Mayor de obras de Palacio a los de su gremio*, titulada en algunas copias con el encabezamiento menos subversivo de *Noble exhortación*, que se atribuye con notable insistencia al prestigiosísimo arquitecto Joseph del Olmo (105), implicado —no conviene que el detalle pase desapercibido— en las intrigas de la menor edad de Carlos II y del validaje de Valenzuela (106). Dirigida a los esforzados del gremio de la construcción y al pueblo de Madrid, en el mes de agosto de 1699, apoya su dialéctica en el recuerdo «de la fama de vuestro valor que en todo el mundo está asegurada, y más que nunca en esta Corte, pues no ignoráis que todos están en el conocimiento de que podéis conseguir todo lo que intentareis, y, siendo justo, no se debe distinguir el poderlo hacer del deberlo ejecutar». Aflora sin pausa la rememoración de una gesta, cuando «con tan pocas armas» se logró nada menos que «quitar al Presidente de Castilla y un Corregidor», pero que se redujo a ocasión desaprovechada que es preciso consumir. El recurso de presentar la idea del autor como imputaciones de las quejas contra el pueblo le permite ofrecer, con fuerza, el programa de su acción soñada:

(105) Archivo Campomanes, Ms. 5-8; BN, Ms. 17.502, fols. 87r-96v; Ms. 18.212, fols. 108r-114r.

(106) V. TOVAR MARTIN, *Arquitectos madrileños de la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, 1975, pp. 229-252.

«Pues ya se conoce que el tumulto del martes 28 de abril sólo fue una precipitada ceguedad, y no el deseo del bien común y de su alivio, pues se ha contentado sólo con tener quien solicite un corto alivio en la falta del pan y no atender a los daños mayores ni arrojar a quien los causa. Conócese (dicen) que no es capaz de espíritu generoso ni de pensamientos nobles un pueblo que se contenta con un pedazo de pan negro, desapacible al gusto y tan pernicioso a la salud, pues muy presto experimentarían sus daños en contagiosas epidemias, en que son los populares los que han de padecer primero. Es verdad que ha conseguido que se baje la carne los tres cuartos, que no era precio, sino robo; pero ¿qué importa el precio sea más bajo si le falta al pueblo el precio? ¿Qué importa que se baje un género si todos los otros están por las nubes? ¿Y qué importa que todos se bajen si el pueblo carece de dinero porque hay tantos que a España se lo roban? Y nada de esto considera este ignorante pueblo, que no tiene entendimiento para considerar que está a peligro de la mayor ruina».

Mas, después de tanto artificio prometedor, de incitar paladinamente a un nuevo amotinamiento, provocable aunque fuere con «sólo cuatro», a cuya primera voz «os siguiera el pueblo» (pues menos gente hubo en el del 28 de abril), todo se reduce a lo que ha venido expresando el rumor y la sátira: a una operación de apoyo a las ambiciones de intrigantes por el poder. No es difícil descubrir la paternidad colectiva del panfleto sólo en apariencia incendiario cuando se asegura al pueblo hipotéticamente amotinado que «de vuestra parte tenéis el dictamen del Consejo de Estado, el de Castilla con su Presidente; de vuestra parte tenéis al cardenal arzobispo de Toledo, en quien están unidos las más de las gentes y señores».

Con esto está dicho todo, o casi todo. A pesar de que se acude hasta a la teoría del tiranicidio para justificar una acción que se concibe como de ayuda al rey, que le agradecerá por prestarle la ocasión deseada, el «universal remedio» se reduce sencillamente a lo de siempre: aislamiento de la reina de las sanguijuelas que chupan y desustancian a España y a dismantelar el frente que obtura la ascensión de Portocarrero, frente integrado, ya se sabe también, por los «funestos» alemanes conocidos: la reina, la Berlips, sus hijos, el Capuchino, la Azafata, Carpani (carmelita enviado del Elector de Tréveris), etc., etc. El discurso «sedicioso» se resume, en fin, en lo que se disolvió el motín prolongado: en la manipulación más descarada del poder de la protesta de la multitud, en la amenaza fantasmal de tumultos que pueden explotar en cualquier momento como respaldo de intereses totalmente ajenos a los problemas auténticamente populares:

«Y así como os mantuvisteis constantes hasta que salió de su casa el conde de Oropesa, mantenéos ahora hasta que salgan todas esas sabandijas, que son el origen de los robos, de las injusticias, de los peligros, de las carestías, de la falta de gobierno y de estar dando las últimas boqueadas nuestra Monarquía».

La morfología, en conclusión final, del motín del 28 de abril de 1699, responde a la de los motines que, nacidos al calor o al frío de las clásicas crisis de subsistencia, se definen con características especiales por registrarse en la Corte, con sistemas de abastecimiento también peculiares y en la que se vive, con toda su pasión, la lucha por el poder. Puestos a buscar modelos que se correspondan en sus constantes, creemos que el más cercano, aunque lejos aún en el tiempo y con los matices impuestos por los cambios de la circunstancia histórica, es el motín, también de Corte, contra Esquilache. Quizá mirando hacia 1699, sin precisión de mendigar modelos foráneos, pudieran aclararse tantas incógnitas como envuelven aún la conmoción «popular» madrileña de 1766.